

EDITORIAL

La Bandera de la Ciencia y del Arte.

El Dr. Miguel Becerro de Bengoa, prestigioso cancerólogo y Director del "Boletín de lucha contra el Cáncer", de Montevideo, a poco de fallecer el Profesor americano Howard Kelly publicó estas palabras: "Nos inclinamos reverentes ante su desaparición y ponemos en nuestra casa, a media asta, la bandera universal de la ciencia".

Tal parece ser el origen, la célula germinativa, en la creación que simboliza el emblema incomparable del arte y la ciencia. Iniciativa plena de espiritualidad, delicada, acorde con los más elevados sentimientos que puede acariciar el alma humana.

"La bandera de la patria es santa flote en las manos que flectare" en canto incomparable escribía un eximio poeta colombiano. El pendón de la ciencia con el arte es de todas las patrias, y sin embargo, no tiene sitio determinado; abarca las latitudes más desemejantes, hermana pueblos, estrecha distancias, es símbolo de espiritual altivez, es bello y es también santo.

Envuelve un ideal común y este solo motivo es, en nuestro parecer, la parte más bella de la idea. El elemento abstracto que encarna, la porción que podríamos denominar "esencial", en el sentido metafísico de la palabra.

Pero era necesario aunar a la parte subjetiva el elemento material, representativo del concepto. Ese el acierto del Dr Becerro de Bengoa. Y él pensó en el azul celeste como fondo del símbolo. Y, para emplear nosotros la estrofa inmortal de Julio Flórez, habló del "cielo azul, limpio de galas, cual si hubieran barrido los querubes los oscuros encajes de las nubes con los blancos plumones de sus alas"... .

Sobre ese tapiz pues, pone de Bengoa la luminosa conste-

lación de Orión, las Tres Marías y los Tres Reyes. Es decir, los astros más admirados por su belleza inigualada y por que ellos, colocados sobre la línea ecuatorial, alumbran de modo semejante a todas las partes del mundo. No puede darse símil más precioso!

La bandera azul estrellada del Arte y de la Ciencia fué acogida con beneplácito por la Sociedad de Ginecología del Uruguay. El entusiasmo de su nacimiento se difundió en seguida, y en casi la totalidad de los pueblos latinoamericanos se usa,



yá desplegada a los vientos en las grandes festividades científicas o artísticas, yá a media asta en las horas de luto o de amargura.

El Prof. Aloysio de Castro, personalidad destacadísima en la medicina de Río de Janeiro, escribía estas palabras al Dr. de Bengoa: "Recibí con mucha satisfacción la bella exposición de la Bandera de la Ciencia y el Arte que leí con mucho placer y por la cual sinceramente lo felicito. Es una bella página llena de idealismo, digna de su pluma".

El Prof. García Valencia, de Chile, le decía: "lo acompaño fervorosa y entusiastamente en la creación de la Bandera de la Ciencia y el Arte asegurándole, desde luego, que cooperaré en la difusión de la idea y trataré de que en mi país sea una realidad".

El Prof. Percy Roland, de Bolivia, días antes de reunirse en la ciudad de la Paz el Congreso Médico Nacional, prometía transmitir "a esa magna Asamblea de médicos bolivianos, la tan interesante iniciativa".

El Prof. Carlos R. Cirio de Buenos Aires, pensaba que en estos momentos tan difíciles e inciertos en que vive la humanidad, la Ciencia y el Arte seguirán progresando tutelados por esa gran enseña, que los hombres buenos, algún día no lejano, colocarán bajo la advocación de la Santa Justicia y la Santa Libertad".

"Había de ser, una vez más, el gran espíritu uruguayo, el iniciador de una magna idea: "La Bandera de la Ciencia y del Arte", publicaba el Prof. Enrique Berríos, de Bolivia.

Estimulando los unos, reconociendo el acierto de Bengoa los más, hemos leído frases cariñosas como las del poeta Edgardo Ubaldo Genta; gentiles como las del Embajador W. Dawson; amables como las del Prof. Augusto Turenne cuando recuerda que "no es solamente a los veinte años que se sienten entusiasmos por la belleza y la verdad".

Bien quisiéramos transcribir los pensamientos de Juan Pou Orfila, de Carlos Martínez Vigil, de José María Delgado, de Julián de la Hoz, de Angel H. Roffo y mil más. Con ello tendríamos un placer envidiable; mas nos haríamos excesivos y no queremos fatigar al lector.

El suelo colombiano no podría guardar silencio. Si distanciados por inmensos territorios, la unión de los espíritus vivirá cada día más estrecha, bajo la Bandera de la Ciencia y del Arte, con nuestros hermanos de la República del Uruguay.